



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año II | Número 4 | Marzo 2021

Una universidad de carne y hueso

Sergio Mancini¹

mancini_sergio@hotmail.com

¹ Licenciado en Teología por la Universidad Católica Argentina. Cursa actualmente el cuarto año de la carrera de Abogacía en la USI.

Encarnación es un término a tener en cuenta. Traduce el hecho de que un talento, alguna belleza, algún valor o verdad se refleja en alguien que lo tiene: el poeta muestra alguna verdad que no vemos todos los días; alguien que lucha por la justicia, que no todo es por dinero. También revela que el Hijo se encarna en la persona de Jesús amado por Dios Padre.

La encarnación es un hecho, solo que algunos la niegan, pero caminan en un mundo lleno de encarnaciones. La inteligencia tiende a negar aquello que le cuesta entender como si el acto voluntario construyera el objeto intelectual. *“La razón solo tiene un medio de explicar lo que no viene de ella, y es reducirlo a la nada.”* (Meyerson, La deducción relativista, art. 186, p.258). El pensamiento mítico puede verificarse tanto en una afirmación como en una negación.

El carpintero sabe que el cepillo se pasa a favor de la veta. Las nuevas máquinas aplican alta velocidad y solucionan el corte en contra de la veta, provocando una superficie limpia, sin necesidad incluso de un lijado posterior de terminación. Ese avance, propuesto por alguien lúcido, no menosprecia el dato original sobre la veta de la madera sino que se lo toma muy en serio y le encuentra una solución adecuada. Al ingeniero se le ocurrió hacer una máquina que sirviera para cortar la madera existente; no hizo un acto de voluntad en el diseño y en solución, sino un acto de lucidez; el empeño de la voluntad la utilizó para no descansar hasta encontrar la solución, que nunca es mágica. La voluntad se puso en juego hasta encontrar un resultado, que a veces llega y otras no, en cambio el intelecto que guía con respecto al ser (la madera existente) está siempre en acto.

La inteligencia procede de lo más conocido a lo menos conocido (Cf. Tomás de Aquino, int. I, Sent. d. 36, q. 2, art. 1 ad 4.). A veces lo hace por inducción y a veces por deducción con éxitos relativos en ambos casos. Pero las disciplinas que se han encargado del hombre, en general siempre han acudido a la analogía. A través de comparaciones, la inteligencia de los hombres ha intentado explicarse a sí mismos y a su propio comportamiento. Las comparaciones han logrado distinto éxito, pero en eso han tenido más

que ver el modo de aplicar el método lógico que las limitaciones de la herramienta misma.

Cada vez que la analogía se usa identificando las premisas con cosas materiales, como si fueran elementos de un ente físico aplicables sin más al orden espiritual propio del ser humano, sus resultados han sido escasos y a veces perjudiciales.

Por ejemplo, si consideráramos a la universidad como una máquina de fabricar intelectuales y a los estudiantes materia prima, se llegaría a suponer que cuanto más velocidad, mejor rendimiento: se identifica sin más y se compara sin tener en cuenta que la Universidad no es una máquina ni los estudiantes materia prima. No les llame demasiado al absurdo la comparación: no hace tanto que en nuestro país se consideraba a determinados grupos como manzanas podridas que corrompían a la sociedad.

Las comparaciones son muy útiles y a veces necesarias; los profesores las utilizan muchas veces para darse a entender. Sin embargo, la analogía no encuentra su importancia en las premisas sino en la fuerza que las relaciona. La analogía utiliza la palabra: como. No es igual, no es totalmente distinto sino como un grano de mostaza el Reino de Dios. No es un grano ni es un árbol el Reino, sino la fuerza con la que crece lo que importa y el motivo que origina la comparación.

Hemos usado la palabra encarnación en sentido amplio para referirnos a lo que la filosofía llama participación:

“Interroga a la belleza de la tierra, interroga a la belleza del mar, interroga a la belleza del aire que se dilata y se difunde, interroga a la belleza del cielo... interroga todas las realidades. Todas te responden: Ve, nosotras somos bellas. Su belleza es una profesión. Estas bellezas sujetas a cambio, ¿quién las ha hecho sino la Suma Belleza, no sujeta a cambio?” (San Agustín serm. 241,2., citado por el CIC 32).

Las encarnaciones nos remontan, gracias a la analogía, hasta Dios.

La palabra encarnación dentro de la teología nos revela la identidad entre Jesús con la segunda persona de la Trinidad, y el conocimiento que tenemos de Dios a través de Jesús nos favorece para conocer más acerca de la persona humana. El aspecto que nos interesa es el de la relación entre las personas divinas. La relación que explica la vinculación entre las tres personas no es la cuarta categoría de Aristóteles después de mencionar la substancia, cantidad, calidad y en cuarto lugar la relación. La relación entre las personas divinas es substancial, subsistente, conforme a la manera de ser de Dios que no comienza a existir o tiene fin. Las personas divinas se aman eternamente. La relación de amor los identifica, no los crea. Todo esto lo sabemos porque el Hijo al encarnarse nos manifestó la vida interna de Dios.

Por analogía podemos saber que cuanto mayor amor exista en la relación entre personas humanas, más se verifica la constitución de la persona humana creada por Dios. La relación hace a la persona humana más persona por la forma de estar constituida a semejanza de la persona en Dios. No fue el concepto filosófico griego el que dió las connotaciones de la actual concepción de persona sino el concepto de persona divina aplicada al ser humano el que lo configura. La relación de comunicación permanente entre las personas divinas es una connotación esencial. Hubo un largo esfuerzo de los teólogos cristianos hasta llegar a lo que hoy entendemos como persona a partir de la dramática griega.

Hemos padecido durante mucho tiempo el oscurecimiento del concepto original de la persona humana debido a la identificación de la persona como cosa, influenciados tal vez desmedidamente por una metafísica proclive solo a la abstracción que considera en último término a las personas sin su relevancia biográfica, sin aprovechar todo lo que implica la relación: primero en Dios y analógicamente en la persona humana.

Existe una unidad o vinculación entre los dos tipos de encarnaciones y analogías.

La universidad aprovecha estos logros intelectuales e intenta reproducir actos de encarnación del talento, de la belleza, de la verdad y del valor de la

honestidad intelectual encarnado en aquellos que se enfrentan delante de lo real y tratan de descubrir sus secretos en beneficio de los demás. La vida universitaria, conformada por profesores que quieren enseñar y estudiantes que quieren participar, logra muchas veces resultados. La Universidad nunca debe dejar de generar energía, calidez entre sus miembros, interés eminentemente intelectual y sobre todo en el bien común. Hace falta explicitar, en esta época, cuantas veces sea necesario, el interés por los más necesitados porque no es por casualidad que se cumple esta función, si no es a la vez un punto de partida y propósito fundacional: la opción por lo pobres (Cf. Doc. Puebla).

La universidad es como un fuego al cual muchos quieren arrimarse, sobre todo en momentos de repetición infecunda que apagan la verdadera vida intelectual.

La universidad también es vida universitaria y como tal, los profesores y estudiantes deben transitarla. Si se apura su recorrido se corre el peligro de las innecesarias frustraciones. Los estudiantes deben madurar en su contacto directo con la disciplina y los profesores: no se puede enseñar a presión. La presión puede generar erudición ilustrada pero que no necesariamente beneficia a todos; menos si la persona no experimenta y convence del servicio al que está llamado.

Las verdades que han sido vistas por otros no serán nuestras por leerlas y repetirlas sino cuando seantambién vistas por nosotros mismos. El camino hecho por otros puede servirnos de guía y de garantía pero la relación personal con la verdad es irremplazable. El movimiento que supone salirse de uno mismo para captar la verdad es idéntico al que se hace por aceptar y respetar al otro. El tan querido para mí doctor Komar, cuando nos acercaba el texto de Aristóteles del libro de la Etica a Nicómaco sobre el amor humano, nos enseñaba que es tarea propia de aquél que se dedica a la filosofía el animarse a traducir para nuestros días los contenidos implícitos en aquella definición de la amistad. El querer el bien del otro en cuanto otro, enunciado por Aristóteles, podía muy bien interpretarse como hacerse otro en cuanto otro; y se explayaba diciendo: no es querer el bien en cuanto a mí,

sino lo que el otro quiere para sí, su propio bien (Cf. E. a Nic. L VIII). Se animaba a decir también que no es impropio considerar que el concepto moderno de empatía traduce e interpreta el mismo contenido de la expresión en el filósofo griego (Cf. Guntrip. El self en la teoría y la terapia psicoanalítica).

Adenauer luego de la Segunda Guerra Mundial se encontró con la gigantesca tarea de reconstruir Alemania económica y sobre todo políticamente. Se enfrentaba al desafío de construir una Alemania democrática, post nazismo. Habiendo perdido Berlín a manos de la Unión Soviética, las grandes ciudades se disputaban el honor de llegar a ser la capital, pero estaban envueltas todavía en aires inspirados en el derecho de la social república, que todos conocemos: racista y antidemocrática. Konrad Adenauer instó con ahínco para que fuera Bonn. La universidad de derecho donde él había estudiado, le garantizaba, por aquellos grandes profesores, el empeño y la lucidez necesaria para elaborar las nuevas leyes que el parlamento necesitaba en pos de reconstruirse sin los visos de aquella ideología nefasta. Junto con el trabajo incesante de los estudiantes de la época, Alemania encontró en aquella universidad de Bonn las herramientas jurídicas necesarias para volver a poner a ese país dentro del concierto internacional de naciones democráticas.

La universidad inspiró leyes que no imitaron o copiaron sino que transformaron las instituciones en base a sus raíces más originales, como quien sacude el polvo para deshacerse de lo que sobra: tomaron de lo nuevo y de lo viejo.

Las disciplinas que se cultivan en una universidad no son asépticas del entorno ni de las situaciones políticas o incluso de las ideas políticas mismas, menos de una confesión religiosa, que en sí misma es inspiradora. Si Adenauer no hubiera considerado a la democracia de su país como una finalidad tampoco lo hubiera mirado con esperanza.

La universidad facilita el sosiego, la tranquilidad y la libertad en la investigación, no sin agitadas discusiones; garantiza ponencias de las

distintas posiciones; da lugar a los estudios conscientes y penetrantes; excluye opiniones poco meditadas e infundadas. Si una universidad puede aportar algo a la sociedad es: honestidad intelectual, que consiste en no transmitir lo que no se ha meditado, en enseñar solo aquello que se sabe bien y comunicar ante todo la ciencia más que a la personalidad del investigador.

La universidad es un lugar donde a la gente le gusta estar, se siente orgullosa de pertenecer y da frutos en consecuencia; donde se cultivan relaciones incluso de amistad fundadas en el interés por la ciencia y la vocación de servicio que los une. La Universidad dijimos, es como el fuego que da calor y acoge a los que se acercan. La abstracción de la realidad, podrá contrarrestarse, si de la relación de cuidado entre los participantes y de su entrega al interés en la investigación hacen surgir grandes cosas dentro de una universidad de carne y hueso.

Bibliografía

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*.

CIC: Catecismo de la Iglesia Católica.

Documento de Puebla. III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. 1979.

Guntrip Harry., *El self en la teoría y la terapia psicoanalíticas*. Amorroutu. Buenos Aires, 1971.

Meyerson Emile., *La deducción relativista*, 1925. Citado por Etienne Gilson, *El ser y la esencia*, Desclée, Buenos Aires, 1951, p. 8.

Tomás de Aquino. *Comentario al libro I de las sentencias de Pedro Lombardo*.